



ACTUALIDAD

2

¿SE PUEDE EXPORTAR EL MODELO AMERICANO?

Norman BIRNBAUM

En la actualidad no existe modelo americano alguno, pues Estados Unidos está viviendo un largo interregno en el equilibrio interno de los grupos económicos y sociales, en su cultura política (es decir, en la relación con nuestras propias tradiciones), y en sus ideas de gobierno en el mundo. La incertidumbre resultante desafía a la física: puede que la naturaleza rechace el vacío, pero desde luego, en el nuestro se han precipitado ideólogos, mediocridades y tecnócratas. Los recientes fracasos de los dirigentes americanos no son, pues, accidentales.

Podríamos empezar por el más conspicuo de todos los fracasos: la contrarrevolución de Reagan se está desintegrando en sus propias contradicciones. La derrota de los republicanos ante el Senado en 1986, la pérdida de legitimidad de la Administración Reagan ante su ineptitud y mentiras en el escándalo de

Irán y la Contra, y la incapacidad del Presidente para colocar en el Tribunal Supremo a un juez con conceptos constitucionales propios (en el sentido de que los tribunales no pueden interferir en asuntos como la educación, las relaciones étnicas y raciales, o los abusos de autoridad por parte del gobierno —por no mencionar el

funcionamiento del mercado), hacen pensar que el Presidente es ahora el primer Presidente de la era post-Reagan.

Esto no significa que se vislumbre una alternativa clara. A pesar de la presencia de buenos candidatos (Jackson y Dukakis dentro de la contienda electoral, Cuomo fuera de ella), la oposición, curiosamente, carece de una política sistemática. Puede articular los intereses inmediatos de algunos de sus grupos de votantes (negros, sindicatos), pero es incapaz de conectarlos entre sí con un denominador común que pudiera dar lugar a un programa para una campaña de carácter nacional. Es posible que los demócratas lleguen a la presidencia en 1988 (los republicanos presentarán como candidato a nuestro poco notable y poco convincente Vicepresidente). Es imposible predecir lo que harían con la victoria.

Alejémonos de las vicisitudes de la política y tengamos una visión más amplia del pasado y el futuro del modelo americano. Lo primero que hay que decir es que la idea de un modelo americano es a menudo un artificio para legitimar a las élites nacionales, quienes se erigen a sí mismas en su defensor. En la actualidad, son varios los presuntos modelos que compiten, basados en interpretaciones diferentes (y antitéticas) del pasado y en esbozos del presente. Se ha desarrollado toda una industria de exportación ideológica (sus responsables dirían exportación intelectual) como parte de lo que ahora está de hecho en tela de juicio: nuestro papel hegemónico en casi todo el mundo. Nuestros amigos europeos harían bien en analizar estas ideas americanas de América, que les han sido presentadas como si fueran cánones, con el mismo cuidado con el que deben observar, por ejemplo, un automóvil americano. Ninguno de los dos productos ha salido últimamente de la cadena de producción sin defectos.

Es posible que los demócratas lleguen a la presidencia en 1988; es imposible predecir lo que harían con la victoria.

Cuando los europeos suponen que la historia de América representa el triunfo del modelo de la sociedad de mercado, cuando suponen que nuestra actual democracia plebiscitaria de consumidores (o, como dice un historiador, la democracia de la avaricia) desciende directamente de la república original de artesanos, granjeros y comerciantes y se les puede excusar. Una buena parte de nuestra reciente comprensión de nosotros mismos se debe a una noción de la historia esencialmente igual. Esto entraña una dificultad: es una noción falsa. La república original estaba ideada como una república de virtud, una *polis* en la que la participación de unos ciudadanos soberanos convertía el gobierno en algo muy distinto del mero garante de la propiedad, de la estabilidad del orden social establecido. El invento de la soberanía popular por parte de los revolucionarios (que es lo que éramos entonces) sacó sin duda partido de la tradición inglesa, desde la Commonwealth de Cromwell en el siglo XVII hasta las luchas de los primeros parlamentos británicos por limitar el poder real. También tuvo su influencia sobre otras tradiciones (Rousseau y *la volonté générale*, Montesquieu y la separación de poderes en el gobierno, las antiguas ideas de la constitución mixta). Sin embargo, la soberanía no era únicamente un fin en sí misma: un pueblo necesitaba su soberanía para alcanzar un orden moral superior, el pleno desarrollo de la personalidad de cada uno. Es asombroso que (Paine es una de las

personificaciones del proceso) los revolucionarios franceses consideraran la Revolución americana como una fuente de inspiración y un modelo.

¿Qué fue lo que alteró la idea de la república de virtud y con tal celeridad (en el propio debate constitucional)? Dos factores fueron decisivos. Uno de ellos fue la esclavitud. A pesar de la ambivalencia moral de ciertos negreros ilustrados como Jefferson, de las dudas de los calvinistas, incluso respecto a los deístas de la Nueva Inglaterra, la Constitución legitimaba la esclavitud en aquellos estados en que su práctica era común —como en Virginia, que fue cuna de un número desproporcionadamente importante de teóricos republicanos. ¿Limitaron el racismo, y el miedo al levantamiento de los esclavos, el alcance de los conceptos de la Ilustración respecto al derecho natural a la libertad? Por supuesto que sí, y como consecuencia de ello la misión del gobierno adquirió una nueva orientación: ahora consistía meramente en preservar la libertad al máximo, al mismo tiempo que mantenía el orden social —en el que estaba comprendida la esclavitud. Cuando Ronald Reagan manifestó su condena de las interpretaciones judiciales de la Constitución que hubiesen extendido la igualdad a los negros y a las mujeres, estaba siguiendo (¡por desgracia!) una tradición americana. Según dijo, no deseaba ver a los tribunales dictando lo que denominó «leyes sociales». La sociedad era una esfe-

Es asombroso que los revolucionarios franceses consideraran la Revolución americana como fuente de inspiración y modelo.

ra autónoma y natural que debía guiarse por sus propias leyes.

Llegamos al segundo factor que limitó (y nótese que no digo erradicó) la soberanía popular y el desarrollo de una república de virtud —que podemos entender como una sociedad burguesa creando su propia retórica. Primero la división de la propiedad, a continuación la industrialización y la expansión a otros continentes, hicieron de la práctica de la democracia algo distinto de las comunidades locales de ciudadanos, cuyas virtudes fueron ensalzadas por Jefferson y Madison. De hecho, Jefferson insistió en la antítesis entre la libertad y el comercio, siendo la primera propia de una democracia de propietarios de bienes raíces y el segundo característico de la volatilidad, incluso de la corrupción, de la vida en lugares que Jefferson no consideraba americanos, es decir, las ciudades. (Es curioso ver a los europeos que pretenden conocer América tomarse en serio esta vulgar retórica americana que insiste en que la «middle América» es íntegra mientras que los grupos y los pensadores urbanos no lo son. Muchos de los defensores de las virtudes del «middle America» tienen, desde luego, un modo de vivir altamente urbanizado si bien no siempre urbano —y no sabrían distinguir una vaca de un novillo si se presentara la ocasión. La retórica, empleada también por un personaje absolutamente móvil y de hecho sin raíces como Ronald Reagan, es un derivativo degradado del Jeffersonismo, utilizado esta vez no para condenar el «comercio» sino para defenderlo.) La expansión occidental, las primeras guerras comerciales (de 1812 con Inglaterra), los conflictos en la época de Jackson con los bancos, el desarrollo inmediato de una jurisprudencia económica cuyo principal criterio era la eficiencia económica, fueron aspectos distintos de un mismo proceso: al crecer y diferenciarse el mercado americano, el gobierno se convirtió en subordinado de dicho mercado.

Es bastante fácil considerar el mercado como un proceso impersonal. Nadie lo describió mejor en América antes de la Guerra Civil que dos de los críticos de la nueva sociedad. Uno de ellos (leído a fondo por Marx) fue George Fitzhugh, un negrero de Carolina, cultivado, cuya defensa de la esclavitud (*Cannibals All*) oponía al capitalismo la imagen idílica de un trato patriarcal y benevolente de los amos hacia los esclavos. Por lo que sabemos de las sublevaciones de esclavos, la benevolencia del sistema no era apreciada por éstos —pero la descripción de Fitzhugh de la falta de corazón y la rapacería, la destructividad moral de la incipiente industrialización capitalista americana (no sólo en su influencia sobre granjeros independientes, que pasaron de granjeros autosuficientes a pequeños empresarios subindustrializados) hizo eco de la protesta social del Norte y Oeste americanos. Pensamos en la época de Jackson como en el triunfo de la democracia populista, pero fue la época de la creciente polarización de las clases, de los inicios del sindicalismo. Otro pensador que observó lo mismo fue un protestante convertido al catolicismo, Orestes Brownson, uno de los primeros entre una larga fila de críticos católicos del mercado, los últimos de los cuales se encuentran en figuras como nuestro compañero socialista americano Michael Harrington —y los propios obispos católicos.

Se preguntarán dónde queda en todo esto lo que sabemos que es cierto de los Estados Unidos —su tímida encarnación de la idea de progreso. No cabe duda de que si observamos al personaje que Henry Kissinger tanto admira, Metternich, a principios del siglo XIX éramos una nación progresista. La cuestión es qué contenido social específico se daba a esta nación. Una respuesta es que la incesante producción, la expansión del mercado, la conquista de la naturaleza, eran consideradas cada vez más como pruebas evidentes del

La Guerra Civil no fue exclusivamente obra de los abolicionistas, sino que fue el resultado de una amplia alianza.

progreso —o quedaban justificadas por esta idea. Cuando hablamos de la conquista de la naturaleza también debemos recordar que para los americanos del siglo XIX la naturaleza significaba lo salvaje, encarnado por los indios, cuya mera existencia bastaba a sus ojos para legitimar en la medida de lo posible que los desposeyeran de sus tierras y los asesinaran, después de haber destruido su cultura. Se ha hablado mucho en América sobre el problema de la frontera, que proporcionó cierto alivio respecto de las presiones del capitalismo industrial: sin embargo, los movimientos de la población hacia el Oeste también significaron la expansión del capitalismo. Cuando los primeros canales y luego el ferrocarril unieron el continente, la frontera fue lanzada inmediatamente al mercado nacional. La frontera (cerrada a principios de siglo con la admisión del último territorio federal como Estado de la Unión) mitigó en cierto modo el conflicto de clases en las ciudades. Este conflicto se vio agravado además, a partir de la mitad del siglo XIX, por la llegada de emigrantes de etnias diferentes a las de los protestantes europeos del Norte —primero los católicos irlandeses y más tarde los europeos del Este y del Sur. Ninguno de ellos era portador de ideas secularizadas de progreso, muchos habían venido a trabajar y volvieron a Europa después de unas décadas (al menos un 35 %, pero las divisiones culturales en el seno de la clase trabajadora urbana dificultaron el surgimiento de un equivalente americano de la

La política interna de los estados esclavistas provocó el temor de los otros estados por el futuro de la democracia en sí.

clase trabajadora europea). A pesar de todo, como veremos, surgió —pero nos estamos adelantando a la historia.

Una consecuencia fundamental de la frontera fue que ésta hizo inevitable la Guerra Civil. La Guerra Civil no fue exclusivamente obra de los abolicionistas, enemigos moralmente inflexibles (a menudo calvinistas) de la esclavitud. Fue el resultado de una amplia alianza (que incluía a muchos racistas que consideraban inferiores a los negros) entre éstos y otros grupos. Los trabajadores y granjeros (y los capitalistas) del Norte y del Oeste temían que los sureños trataran de extender la esclavitud a los territorios del Oeste —que convirtieran la frontera no en el linde abierto de una versión americana de la sociedad burguesa, sino en una prolongación de la sociedad esclavista. Más aún, la política interna de los estados esclavistas, donde toda crítica del orden social estaba rigurosamente excluida, provocó el temor de los otros estados por el futuro de la democracia en sí. La famosa frase de Lincoln, según la cual una casa dividida se derrumba, tiene aquí sus orígenes —que por supuesto son mucho más profundos que las causas inmediatas que lo provocaron. La Guerra Civil puso fin a la esclavitud, pero no al racismo americano. El Norte victorioso se hizo cómplice de la posterior implantación de la segregación en el Sur —pero mucho después de haber abandonado la responsabilidad de mejorar las condiciones económicas y sociales

de los esclavos liberados. (Quienes han seguido la actual controversia respecto a la supuesta politización del poder judicial americano, eufemismo para designar a los jueces que consideran que el gobierno tiene el deber positivo de tratar de eliminar la desigualdad racial institucionalizada, también desearían saber que, en el pasado, el Tribunal Supremo aprobó la segregación racial.) Hasta el New Deal, el Sur siguió siendo la zona más pobre de la nación. No obstante, la Guerra Civil permitió que el capitalismo americano acabara su conquista del continente (habiéndole sido conquistado Texas a México algo antes y habiéndose visto obligados los británicos y los canadienses, bajo amenaza de guerra, a desplazar la frontera canadiense). También institucionalizó una forma americana de hacer la guerra. Las fuerzas confederadas, más numerosas, eran agresivas y estaban bien dirigidas. La guerra no era del todo popular en el Norte, cuyas fuerzas reclutadas sufrieron amplias pérdidas. La confianza de los militares americanos en su superioridad material (reflejada hoy en día en su obsesión por la tecnología, nuestra fe en las armas nucleares) tuvo pues sus orígenes no sólo en las campañas contra los indios y los mexicanos sino también en la Guerra Civil. Hubo otros refinamientos, como la campaña de la tierra abrasada de Sherman en el Sur —en pocas palabras, fue una guerra muy moderna.

Llegamos al período descrito recientemente por un académico como el de la incorporación de América. Este período comprendido entre la Guerra Civil y nuestra participación en la primera guerra mundial estuvo marcado por formas nuevas de organización capitalista, como la corporación, la afluencia masiva de emigrantes, el desarrollo del consumo de masas y de los medios de comunicación en una sociedad totalmente industrializada. Los granjeros estaban integrados en el mercado mundial, pues la economía rural

dependía de la exportación de su producción, las vicisitudes del ciclo económico imponían alternativamente la miseria y la prosperidad a la clase trabajadora de las ciudades, y la clase media culta se enfrentaba a un mundo que cada vez entendía menos —y cuando lo hubo comprendido no le gustó. La extraordinaria corrupción política marcó la intrusión de nuevos consorcios y de nuevo capital financiero en la vida política. Por supuesto, nuestras tradiciones populares permanecieron: los capitalistas se dieron cuenta de que, siguiendo la hipótesis de *ceterus paribus*, los resultaba más barato comprar legisladores de estado que senadores o presidentes. La compra y venta se hizo idéntica a la política —pero no sin protesta. Esto adquirió diversas formas.

La protesta rural (que concernía, por supuesto, a aquellas personas cuya vida dependía de la agricultura en las ciudades rurales —y también a miembros de la clase trabajadora como los madereros) se unió al movimiento populista. Marcado por las imágenes bíblicas del Antiguo Testamento, este fenómeno, de tinte claramente protestante, no estaba libre de xenofobia y en particular de anticatolicismo. Sin embargo, sus principales enemigos eran los capitalistas financieros del Este, los propietarios del ferrocarril, los bancos locales y los políticos aliados a ellos. Fue una protesta de las comunidades rurales amenazadas por el proceso en razón del cual existían en realidad —la nacionalización y la internacionalización del capitalismo americano. Las poderosas organizaciones locales permitieron que los populistas se hicieran con el Partido Demócrata y nombraran a William Jennings Bryan candidato a la presidencia en 1896. La derrota de éste marcó la desintegración del movimiento. Por una vez en el Sur, el populismo llegó incluso a unir a granjeros empobrecidos negros y blancos, hasta que el antagonismo racial, exacerbado por la derrota, hizo aún más intensa

su común impotencia. El legado populista siguió siendo importante en la política americana. (Resulta interesante que mucho más tarde, ciertos protagonistas altamente sofisticados del nuevo consenso americano de la postguerra, como el historiador Hofstadter, consideraran a los populistas como poco más que ignorantes o culturalmente protofascistas. Estos mismos temas se han convertido en elementos básicos de análisis, y pueden encontrarse en las obras de ciertos siervos del aparato pobremente disfrazados de académicos, como Samuel Huntington.) Pasó a formar parte de la oposición hasta nuestra intervención en la primera guerra mundial y hasta el imperialismo, en general y erróneamente denominado aislacionismo por quienes ignoran su contenido social.

El fracaso electoral de los populistas, un momento crucial en la historia moderna de América, tan significativo como cualquier otro, se debió entre otras cosas a la incapacidad de establecer una alianza entre los granjeros y la clase trabajadora urbana. Esta última estaba dividida étnica y económicamente, pero era cada vez más combativa: en el cambio de siglo, un observador extranjero podría haber imaginado la posibilidad de que surgiera un movimiento socialista americano al menos tan amplio como los existentes en Gran Bretaña. Su combatividad adoptó la forma del sindicalismo, pero los sindicatos estaban divididos en cuanto a su estra-

***El período comprendido
entre la Guerra Civil y la
primera guerra mundial
estuvo marcado por
formas nuevas de
organización capitalista.***

***El fracaso electoral de los
populistas se debió
a la incapacidad de
establecer una alianza
entre granjeros y clase
trabajadora urbana.***

tegia. ¿Aspiraban a una mejora de sus condiciones de trabajo y sus sueldos, en el marco de una perspectiva de reforma general, o contemplaban la posibilidad de una transformación del sistema? El pensamiento socialista europeo en sus versiones británica, judía de Europa del Este y alemana, constituyó un movimiento sindical muy internacionalista —si bien tenía que funcionar en condiciones nacionales muy específicas. Más aún, había un amplio componente católico en el sindicalismo americano (las doctrinas sociales del catolicismo europeo eran importadas por los teólogos). Los sindicalistas americanos, a diferencia de sus hermanas y hermanos alemanes de aquella época, podían dar por supuesta cierta dosis de democracia —si bien no se puede pasar por alto hasta qué medida estaban subordinadas las fuerzas policiales locales a la autoridad del capital nacional. Incapaces de formar una coalición con los granjeros populistas, los sindicatos (o, para ser más exactos, sus dirigentes) se orientaron cada vez más hacia la negociación táctica con los reformistas de la clase media.

He mencionado la contribución de los protestantes, en realidad de los calvinistas, al abolicionismo. La persistente tendencia al moralismo protestante sirvió ya para legitimar el capitalismo, ya para alentar a ciertos pensadores y grupos en su aversión hacia éste. La influencia del darwinismo social sobre ciertas clases cultas de americanos fue muy grande —y en

ciertos casos, las doctrinas evolucionistas se unieron al *ethos* social cristiano, para dar lugar a una teoría que generó programas de reforma social. Además, muchos protestantes (clero, juristas, profesores, escritores) se vieron cada vez más alienados en una América totalmente subordinada al poder del dinero, un poder ejercido despiadadamente por vulgares advenedizos. La clase media cultivada temía la perspectiva de la europeización de América, es decir la perpetuación del conflicto de clases y tal vez hasta una revolución. Las ciudades tenían gobiernos corruptos, la infraestructura social era pobre, los emigrantes constituían en realidad un amplio proletariado interno en crecimiento, ajeno en su ideología y en su lenguaje a las tradiciones nacionales americanas. Eran necesarias reformas sociales, y esto trajo consigo un término que revelaba sus orígenes de principios del siglo XIX: el progresismo. El progresismo no era anticapitalista, pero aspiraba a un capitalismo ilustrado o socialmente responsable. (Algunos de sus teóricos habían estudiado con los *Fathedersozialisten* en Alemania.) Se desarrollaron programas con el propósito de regular las mayores excrecencias del mercado, así como de ampliar la sensibilidad del gobierno (tanto como su eficacia y honestidad). Estos programas correspondían al espíritu de la nueva clase media americana de profesionales, quienes aportaban su conocimiento técnico al público y a las burocracias privadas, cada vez más presentes en la sociedad americana. Podríamos decir que los progresistas fueron unos herederos extremadamente sobrios de la tradición ilustrada propia de la generación que fundó la República.

Por desgracia, no fueron lo bastante sobrios. Muchos de los progresistas (recuérdese que el presidente Teodoro Roosevelt fue uno de sus dirigentes) también contribuyeron a la creación y a la consolidación del imperialismo americano moderno. El papel mundial que los Estados Unidos

han jugado desde su intervención en la segunda guerra mundial no constituye un aspecto nuevo de nuestra historia, sino una prolongación lineal de gran parte de ella. La versión americana del imperialismo tiene diversas raíces, una ideología anti-imperialista (en lo que se refiere al imperialismo de los demás) y un concepto americano de nuestra misión histórica. Esta idea de misión, unida a un deseo de diferenciación con relación a Europa, e incluso con relación a otros países de culturas ajenas a la nuestra y de población de color, era inicialmente calvinista. Durante casi todo el siglo XIX adoptó la forma de una continuación de la «erranza en el desierto» puritana, la conquista civilizada de los territorios vírgenes. La expansión hacia el Oeste a través del continente trajo consigo nuevas misiones allende el Pacífico —y hacia el Sur en una América Latina de la que las potencias europeas habían sido desterradas. (El primer conquistador norteamericano de Nicaragua, o aspirante a ello, fue un personaje repulsivo del siglo XIX llamado Walker, quien se desesperanzó ante el futuro de la esclavitud en su propio país y pretendió ir en busca de nuevas naciones esclavistas en el Sur.) Con este incurable sectarismo que desesperaba a Marx, una parte de la izquierda europea sigue pensando que se puede aislar un factor económico preponderante en nuestro imperialismo, cuando en realidad es uno de los muchos que intervienen en una formación histórica compleja. ¿Qué explicación económica cabe para la integración imperialista de decenas de millones de católicos americanos en nuestra misión mundial moderna (una integración que ahora, afortunadamente, se está desintegrando)? La explicación es psicológico-cultural, y está relacionada con una primera etapa de asimilación por parte de una nación dirigida, en el primer tercio del siglo, por una élite protestante, actualmente transformada y en cierta medida desplazada. Dicho esto, hubo factores económicos en nuestras sín-

tesis imperialista, pero estos factores han ido variando con el tiempo. La búsqueda de mercados era un factor primordial, y se acompañaba de un intento de crear las condiciones de estabilidad política que hicieran seguras las diversas inversiones. En épocas más recientes, claro, hemos tenido el motivo económico (y la justificación explícita) de la protección del acceso a bienes de primera necesidad. Todo esto se ha generalizado, desde luego, a una oposición sistemática a la revolución social —entendida como una lacra ideológica que podría extenderse, y llegar incluso a infectar la patria americana. Llegamos a una tercera fuente de nuestro imperialismo y su ideología y práctica: la convicción por parte de las élites de que para la nación resulta moralmente provechoso un tipo político de entrenamiento espiritual —convicción particularmente característica de quienes no incurren habitualmente ellos mismos en riesgos en las aventuras imperiales, pero que creen que el comportamiento espartano es bueno para una nación en peligro constante (según ellos) de seguir la misma suerte que Roma.

Esto era muy evidente en el apoyo al imperialismo a principios del siglo XX (fue Teodoro Roosevelt quien construyó nuestra marina moderna): se pensaba que era idóneo para devolverle a la nación un sentimiento de determinación que había perdido. Ecos de esto han aparecido en la

La versión americana del imperialismo tiene diversas raíces, una ideología anti-imperialista y un concepto americano de nuestra misión histórica.

retórica de Kennedy y (si bien no todos están convencidos de ello) en el lenguaje de los reaganistas. Recuerden la frase «América ha vuelto» —una afirmación que no se acompaña de una explicación sobre adónde habíamos ido todos a parar. Existe una última fuente del imperialismo, en la actualidad cada vez más evidente: la autogeneración y el servicio de los intereses y de la ideología de una élite imperial (y de un aparato imperial), que viven —según las palabras de Max Weber— no para sino de nuestra misión imperial. Me refiero no sólo a los militares y a aquellos sectores de la economía que producen material militar sino a secciones enteras de la Academia americana, nuestra burocracia, de los medios de comunicación. Por supuesto, en estos asuntos los civiles son bastantes más militaristas que los oficiales del Ejército, muchos de los cuales son prudentes y honorables funcionarios públicos.

Desde luego, existen aspectos más nobles de este asunto —relacionados recientemente con la insistencia de un amplio número de americanos en el sentido de incluir los derechos humanos en el programa de nuestra política exterior, por muy difícil que resulte aplicarlo a situaciones concretas y a corto plazo. También está el hecho de que somos un Estado multiétnico y multiracial. Es bien sabida la solidaridad de la comunidad judía americana con Israel (a pesar de las actuales

El progresismo y el imperialismo se unieron en el breve período de la intervención americana en la primera guerra mundial.

tensiones). La solidaridad de los ciudadanos negros con el movimiento en favor de los derechos humanos en Suráfrica es más bien reciente, o mejor dicho más bien nueva dentro del programa nacional. Los lazos de los católicos con América Latina han provocado entre otras cosas la firme oposición de la Conferencia Episcopal Católica a la política oficial americana en la zona. Llama la atención que, de hecho, el cabildo de estos grupos no se manifiesta en forma de simple expresión de los intereses de un grupo —sino de llamadas a la fe (derechos humanos) y a los intereses (la seguridad de la nación americana, si bien difícil de definir) comunes a toda la nación.

El progresismo y el imperialismo se unieron en el breve período de la intervención americana en la primera guerra mundial. Por muy breve que fuera, este período bastó para fragmentar el movimiento socialista americano, gran parte del cual se oponía a la guerra —y para transformar a muchos intelectuales que habían criticado la cultura y la sociedad americanas. La propia llamada de Wilson a la autodeterminación de los pueblos dejó paralizados a nuestros negros (era un racista consumado) pero fue una expresión genuina del componente moralizador de nuestro imperialismo.

Tal vez sea más importante recalcar que la participación de la nación en la guerra anticipó, en forma de ensayo general, lo que habría de producirse en la segunda guerra mundial y la consiguiente colaboración íntima y la interpenetración del gobierno y el sector privado, la integración ideológica de grupos antes opuestos, la distribución geopolítica en todo el territorio de la nación en los beneficios económicos del uso (relativamente) pleno de los recursos productivos.

Y aún hay más... ¿acaso puede compararse la década siguiente a la primera gue-

rra mundial y anterior a la Depresión, y nuestra reaparición en la escena política mundial con la década de los ochenta? En primer lugar, se ha exagerado la medida en que los Estados Unidos se retiraron de los asuntos mundiales, a pesar de que el Senado se negara a aceptar nuestra calidad de miembro en la Liga de las Naciones. En aquel período, el aislacionismo fue pues una expresión retroactiva de la oposición a la guerra, oposición reprimida durante la contienda y localizada bastante a menudo en los antiguos centros de las fuerzas populistas y a veces socialistas. A nivel nacional, la década siguiente a la guerra fue un período de relativa prosperidad, de inversión tanto como de especulación, y (a veces se pasa por alto) de mucha experimentación cultural, no sólo en la esfera de las relaciones entre los sexos. Fue una década en la que algunos de los esfuerzos realizados en el cambio de siglo empezaron a dar sus frutos (debido también al constante aumento del número de mujeres empleadas). Fue asimismo un período en el que, al haber sido frenada en gran medida la inmigración, los grupos relativamente nuevos se estaban preparando para la integración (relativa) que conocerían con el New Deal. (Al Smith, el primer candidato católico a la Presidencia, fue derrotado en 1928, pero por primera vez los demócratas obtuvieron mayorías en las ciudades —en las que habrían de centrarse Roosevelt en 1932 y los demócratas modernos posteriormente.) También fue el período del *Harlem Renaissance*, una extraordinaria manifestación de la creatividad negra originada en la migración de los negros hacia el Norte y de una nueva conciencia negra. Por último, fueron también unos años de realizaciones artísticas genuinas en cinematografía y en literatura, de realizaciones intelectuales en materia de ciencias humanas (con nombres como John Dewey y Thorstein Veblen). En definitiva, fue un período en el que (recordando los comentarios de Gramsci sobre el «fordismo») un modelo

americano, incluso basado en el capitalismo, pudo haber ejercido cierta atracción debido a su obvia incorporación de una convicción de movimiento histórico, su progresismo cultural, la creencia de gran parte del mundo que los Estados Unidos (con una competencia considerable por parte de la Unión Soviética, claro está) constituían una nación con un futuro abierto. Es difícil describir el período de Reagan en estos mismos términos.

Si consideramos la etapa de Franklin Roosevelt y el New Deal, nos encontramos con un período de nuestra historia del que la mayoría de nosotros se enorgullece. Mientras Alemania padecía el nazismo e Italia el fascismo, mientras Stalin y sus esbirros destruían las esperanzas que decenas de millones de personas habían puesto en la revolución soviética, los Estados Unidos demostraron con su evolución interna que aún quedaba algo de la idea de progreso. Se desarrolló el estado de bienestar americano, por muy incompleto que éste pudiera quedar. Con el apoyo del Gobierno Federal, los sindicatos organizaron las principales industrias. El Partido Demócrata se convirtió en el partido de quienes una vez fueron emigrantes, de las víctimas de la depresión, de la nueva clase intelectual (rápidamente transformada, para su seguridad, en una élite tecnocrática) —el partido de la América urbana. La ideología del mercado (cuidadosamente elaborada, para nuestra seguridad), y su complemento individua-

***La etapa de Roosevelt
y el New Deal es un
período de nuestra
historia del que la
mayoría de nosotros se
enorgullece.***

Con el crecimiento y la importancia política de los sindicatos quedaba forjada la base de la versión americana moderna de un contrato social.

lista, o más bien atomista, una parodia americana de Locke y Mill (en realidad, el darwinismo social en su expresión más brutal y cruda) permitieron la práctica de la solidaridad social, implantaron el principio de que el gobierno poseía una función positiva en el seno de la economía y de la sociedad —no sólo para proporcionarle una infraestructura, sino para generar unos recursos mínimos para una existencia decente. Con la política del New Deal, tanto la doctrina social católica como una parte de las enseñanzas judías se unieron a la conciencia social protestante en torno a la política americana. Con el crecimiento y la importancia política de los sindicatos quedaba forjada la base de la versión americana moderna de un contrato social. Por supuesto, mucho quedó sin hacer. El Sur permaneció acosado por la pobreza y atollado en la segregación racial. El desempleo siguió siendo de un 10 %, incluso en los mejores años del período, y no disminuyó hasta que empezó la industria de armamento. A pesar de la proliferación de movimientos sociales, pocas fueron las modificaciones introducidas en los mecanismos de participación social. El New Deal fue un experimento de pedagogía social, pero los grupos sociales implicados tuvieron que instruirse a sí mismos.

En el plano internacional, los Estados Unidos siguieron siendo «aislacionistas» durante la mayor parte del período, es decir que muchos de los grupos que apoya-

ron el New Deal seguían retroactivamente escépticos respecto a nuestra participación en la primera guerra mundial. Roosevelt lanzó el inicio de una versión más tímida del imperialismo, al menos en América Latina —y defendió lo que fue incapaz de llevar a la práctica, la seguridad colectiva. Al estallar la guerra, lo hizo en el Pacífico (a pesar de que la Marina americana ya estuviera luchando contra el Tercer Reich en el Atlántico). Japón atacó, en respuesta a un ultimátum y a severas sanciones económicas. La guerra con Japón se vió incentivada por una dosis considerable de racismo americano, tal y como lo demostró el vergonzoso trato dado a los japoneses en América. La alianza con la URSS (reconocida a nivel diplomático por Roosevelt en 1933 cuando asumió el poder) generó ilusiones, ampliamente extendidas y curiosamente relacionadas con un interés moral por la «paz» en las disposiciones de la posguerra. En una época en la que los portavoces oficiales de los Estados Unidos seguían identificando la democracia con un capitalismo sin restricciones, Roosevelt insistió al final de su vida, en su famosa alocución a las Cuatro Libertades, en que una amplia parte de la democracia social debía intervenir en el orden internacional de la posguerra.

Un elemento primordial del período de Roosevelt fue la integración en nuestra política del Estado de bienestar social (mínimo en comparación con los de Europa occidental), que incluso los reaganistas han sido incapaces de destruir. No obstante, el Estado de bienestar americano ha sido organizado de forma que favorece a quienes ya poseen un empleo fijo y bienes, como su propia casa. Pero siguen sin desarrollarse una vez más programas destinados a reducir el desempleo y la pobreza (y más aún, a establecer políticas capaces de producir cambios estructurales que afecten a las causas de éstos). El Estado de bienestar americano se basa en un convenio, un contrato social, establecido en los

inicios del período de la posguerra por los sindicatos (que en aquella época aglutinaban a un tercio de la fuerza de trabajo en oposición al escaso 20 % actual) y el resto de las fuerzas imperantes en la sociedad, es decir, el capital organizado y (en menor medida) la nueva élite tecnocrática. La importancia del reaganismo está en que es el vehículo que conduce no sólo a la erosión de este acuerdo, sino a una alternativa: la vuelta al control del mercado y a la privatización de la función pública, una reducción o una limitación severa de las funciones del gobierno relacionadas con la igualdad económica y social. Los reaganistas, a pesar de su retórica presupuestaria, también se han ocupado de lo que podríamos denominar keynesianismo póstumo: reducción de impuestos y amplio aumento de los gastos militares. También esto ha fracasado: el nivel de vida americano sigue decreciendo, la sustitución del empleo industrial por el empleo en el sector terciario supone una pérdida de poder consensual, los ingresos y la especialización de la fuerza de trabajo y nuestra calidad de vida está en clara regresión.

Las fuerzas que al final de la guerra establecieron un contrato social también se comprometieron a asegurar el estado de seguridad nacional permanente. La famosa Directiva 68 de Seguridad Nacional fue escrita no sólo por Paul Nitze sino también por el economista del Estado de bienestar León Keyserling. La AFL-CIO (escindida ahora debido a las divisiones internas respecto a esta cuestión), la organización central de sindicatos, ha sido una fuente fundamental de apoyo a la política de compromiso global. Esta política ha supuesto mucho más que la producción de armas y gastos en materia militar, por muy indispensables que éstos hayan sido para su institucionalización. (La supuesta militancia en la Guerra Fría de América del Sur, por ejemplo, se deriva del hecho de que las fábricas de armas y las instala-

ciones militares contribuyen de forma desproporcionada a la economía de la región.) Ha supuesto la promulgación de una visión coherente del mundo, la organización de la producción de ideología, y, en ciertas ocasiones especialmente tensas, serios esfuerzos para reducir el alcance de la discusión democrática difamando o incluso reprimiendo a nuestros propios disidentes.

En mi opinión, de todo el período desde 1945 hasta nuestros días, es menos digno de mención el consenso fabricado sobre nuestro papel global, divulgado por los agentes viajeros que venden nuestra ideología oficial, que el éxito de la resistencia a ello. La guerra de Corea y la guerra del Vietnam fueron ambas altamente impopulares, pero la más reciente de las dos tuvo que acabar debido a la presión de la opinión pública (y al grave problema de la moral y la disciplina en el seno de las Fuerzas Armadas). La confianza en las armas nucleares refleja una preferencia americana característica por una mayor tecnología en la guerra, bajo la hipótesis de que pone en juego menos vidas (nuestras vidas). Con las armas nucleares ésta no es, evidentemente, una ecuación que pueda comprobarse de forma empírica sin correr ciertos riesgos. Antes incluso de que la URSS hubiese alcanzado la igualdad estratégica, aparecieron profundas corrientes de dudas (no siempre expresadas de forma directa en la política) y temores frente a la aniquilación nuclear.

El reaganismo supone una reducción de las funciones del gobierno relacionadas con la igualdad económica y social.

No es casualidad que ni siquiera Reagan se atreviera a introducir de nuevo el reclutamiento militar y que ahora aspire a establecer una especie de programa de control de armas con la URSS a pesar de la oposición interna en su Administración (esta oposición viene al mismo tiempo del poderoso núcleo de la derecha y de nuestros burócratas y expertos, de quienes se podría decir que temen por sus vidas profesionales en caso de que la paz se quebrara, contra todas las expectativas. Supongo que en el viejo mundo se cree que estas personas están dispuestas al sacrificio final: están preparadas para combatir hasta que el último europeo...). Poco a poco la nueva política en la URSS está surtiendo efecto en la opinión pública americana, especialmente sensible a los temas que conciernen a los derechos humanos.

En resumen, hemos llevado a cabo lo que pocas potencias imperiales han conseguido: mantener al mismo tiempo un imperio y un debate respecto a este imperio. El académico francés Maurice Duverger describió, durante el momento culminante de la guerra de Argelia, las políticas de las democracias occidentales, un frecuente «fascisme à l'extérieur». No cabe duda de que nuestro propio y vergonzoso apoyo a diversos regímenes dictatoriales y tiránicos, muchos de ellos literalmente criminales, hace pensar que (¡por desgracia!) no estaba del todo equivocado. Lo más asombroso es que las fuerzas de crítica y de resistencia, los grupos que

***Hemos conseguido
mantener al mismo
tiempo un imperio y un
debate respecto a este
imperio.***

proponen alternativas, no son marginales en los Estados Unidos: hemos destruido el antiguo consenso de la guerra fría y, al menos, poseemos un poder tácito de veto, capaz de ponerle los frenos a la más aventurera e irresponsable de las Administraciones. (Granada pudo ser atacada, Cuba no —ellos hubiesen devuelto el ataque.) También es cierto que el asunto del Irán-*Contragate*, la concentración del poder en la presidencia y la reserva del aparato hacen pensar que, a largo plazo, nuestra democracia no puede mantenerse si ha de permitirse que la «seguridad nacional» legitime el ejercicio indiscriminado del poder.

El modelo americano se muestra pues más sólido allí donde no se presta a emulación directa alguna. Es decir, que es más sólido allí donde practicamos la democracia en vez de hablar de ella.

En cambio, en muchos aspectos es poco probable que el modelo americano de economía y de sociedad ejerza demasiada atracción ideológica mientras no desarrollemos nosotros mismos uno nuevo. De momento, nuestro debate padece el inmovilismo o la *Ratlosigkeit* que caracteriza la discusión en todas las democracias occidentales. Existen dos aspectos de la situación americana que sin embargo pueden presentar cierto interés internacional. Uno de ellos es que seguimos siendo en gran medida una sociedad que genera movimientos sociales y cierta cantidad de experimentación social. No poseemos ningún partido ecologista pero sí un movimiento para la defensa del medio ambiente de cierto peso. El movimiento feminista es un factor cada vez más importante de nuestra política. A otros niveles, hemos hecho cierto progreso en el sentido de la institucionalización de una sociedad multiétnica. Aún hay mucho racismo en América y, sin duda, serían bien acogidos como miembros de nuestros propios grupos xenófobos quienes escriben «les Arabes de-

hors» o «Türken heraus» en las paredes francesas y alemanas. Sin embargo, tal y como lo demuestra la expulsión del juez Bork del Senado, se ha establecido por sí solo en América un nuevo consenso de coexistencia —y en comparación con otras naciones, con una rapidez bastante ejemplar.

(La seria discusión que ha tenido lugar recientemente en los Estados Unidos ha pasado con notable rapidez de los temas del restablecimiento de la fuerza americana a análisis positivos de las posibilidades de renunciar a nuestra hegemonía. Dos artículos de Richard Barnet, publicados en la conocida revista *The New Yorker*, recapitulan —profundizando y puntualizando con perspicacia— la situación de la izquierda americana durante años, si no décadas. «The Four Pillars», 9 de marzo de 1987, y «Reflections (National Security)», 21 de Marzo de 1988. Desde otra perspectiva, David Calleo ha tratado el tema en su *The End of American Hegemony, The Future of the Atlantic Alliance*, publicado por Basic Books, Nueva York, 1987. Una obra del historiador británico Paul Kennedy, que creció en la Gran Bretaña postimperial y luego se trasladó a los Estados Unidos, titulada *The Rise and Fall of the Great Powers. 1500-2000*, publicada por Random House, Nueva York, 1987, se ha convertido de hecho en un *best seller*. En pocas palabras, su conclusión es que unos Estados Unidos debilitados económicamente no se pueden permitir sus pretensiones imperiales. Lo más asombroso de todo tal vez sea un sondeo realizado entre un grupo de jóvenes americanos de edad comprendida entre los 25 y los 44 años, y reprodu-

cida por William Greider en la revista *Rolling Stone* del 7 de abril de 1988. Greider comenta que la encuesta revela importantes reservas en cuanto al compromiso moral en este grupo de edad, cuyos héroes están muertos: Robert Kennedy y Martin Luther King. El grupo es muy poco sensible a los temas relacionados con imperialismo, y apenas una quinta parte de los encuestados combatiría por mantener el Tercer Mundo libre del «comunismo», si bien un tercio lo haría para defender a Europa occidental. Indudablemente nuestras actuales élites forman un consenso nacional en su peculiar combinación de devoción retórica hacia el poder militar y su preferencia personal por los trabajos académicos, editoriales o políticos. Apparentemente los jóvenes son capaces de hacer caso omiso de la hipocresía de nuestros dirigentes. Les interesan los programas sociales humanos y se muestran escépticos ante la idea de que las instituciones económicas y políticas actuales puedan ejecutar dichos programas. En pocas palabras, son los hijos del interregno.)

La era de la hegemonía ideológica americana ha llegado a su fin: el reaganismo ha sido el último intento desesperado de restablecerla, y ha fracasado, tanto a nivel nacional como internacional. Ahora estamos en situación de unirnos a gran parte del resto del mundo para realizar un esfuerzo diferente y más digno: una búsqueda común de formas de vida económica y social que, respetando debidamente las tradiciones nacionales, hicieran posible que nuestra nación cumpliera con su papel en la pacificación del mundo.

Traducción de Paloma Valenciano